

A.7 La botella

Y el chico dijo:

“He traído las botellas vacías que me pediste. En la despensa he encontrado una de refresco y una garrafa de vino”.

“Perfecto. Coge la pequeña y sopla”, le pidió su padre.

El joven cogió la botella pequeña y sopló, pero no se emitió ningún sonido. Solamente se produjo un ruido del aire que chocó con el cuello de la botella.

“No, así no. Debes soplar como si fuera un instrumento musical. Algo parecido a cómo lo harías si se tratara de una flauta travesera”.

Él no sabía exactamente lo que esto significaba, pero lo probó de nuevo, y tras varios intentos, al final consiguió emitir cierto sonido.

“He”, dijo él sorprendido, “Suenan. Parece un barco”.

“Más o menos”, dijo su padre que le recomendó que practicara varias veces para conseguir mejorar la emisión.

Así lo hizo el joven. Cuando volvió del paseo por la playa ya parecía un músico profesional de botella.

“El botellero”, pensó su padre, añadiendo: “Bien, ¿qué es lo que notas?”

“Que ahora suena mejor”, dijo él.

“¿Y nada más?”, dijo el mecánico, que sabía que el chico lo había notado seguro.

“Pues no sé”

“¿No notas algo en la mano?”, preguntó su padre.

“Ya que lo dices, noto como una vibración cada vez que soplo”.

“Bien. Lo que estás haciendo es generar la frecuencia de resonancia de la botella, y esa resonancia te llega a la mano que la sostiene en forma de vibración sólida. La percibes de forma táctil”. Y continuó: “Coge ahora la garrafa y sopla”.

El joven creyó que sería lo mismo. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que no era tan sencillo.

Todo el aire se le escaba.

Su padre le recomendó:

“Busca el lugar donde colocar los labios e inclina la garrafa para que el aire entre de lado”.

El joven hizo algunas tentativas, y al final consiguió un sonido aceptable.

“Me cuesta muchísimo hacer que suene, pero la vibración táctil es realmente notable”, dijo.

“Es que ahora tienes un cuello de botella muy grande. Antes, en la botella de refresco todo era más fácil, pero ahora estamos ante un garrafón, que tiene una sección y longitud de cuello muy grandes y un volumen de aire enorme”, dijo añadiendo: “¿Te has fijado que el sonido que ha producido ha sido muy grave?”

“Es verdad, parecía un barco enorme perdido en la niebla”.

El mecánico, que había estado una vez de jefe de mantenimiento en un transatlántico muy famoso, pensó en los sonidos de la angustia frente a colisiones en medios sin visibilidad en esa época sin radares y concluyó:

“Un día te hablaré del lenguaje de los barcos ocultos en la niebla. Todavía hoy, con los medios de captación de presencia actuales tan sofisticados, debes saber que su diálogo es tan importante que podrían escribirse muchos libros”.

Maestro Roncador

B.5 El suspenso

Y el universitario dijo:

“Me han suspendido en acústica”.

“No puede ser”, dijo su compañero, “Eres de los que más sabes”.

“Pues al parecer no es suficiente con este profesor”, continuó él buscando el encendedor.

Había visto un marine americano que jugaba con un Zippo de forma increíble, e iba practicando dentro del aula para lograr hacerlo de forma similar.

Su amigo que lo observaba, le insinuó: “Si aprietas con los tres dedos; el pulgar en la base, el índice y corazón en la tapa y haces que los dedos resbalen de golpe, lograrás abrirlo”, y tomó prestado el encendedor para intentarlo.

A unos metros, una joven situada más atrás, escuchaba el sonido de la tapa del Zippo al abrirse y cerrarse mientras estudiaba la fórmula de Sabine.

En ese instante entró el profesor de acústica. Todos se colocaron en pie, y se sentaron ante la indicación de éste.

El joven suspendido, pensó durante unos instantes que en esta universidad se sabía cuando llegaba el profesor por el estruendo que se producía al levantarse todos al unísono.

Se puso a pensar: “Si colocáramos un micrófono en el distribuidor frente las aulas, seguramente captaría una melodía distinta día a día. Mmmmmm. Sería interesante probarlo y si se corta la cinta cuando empiezan la clases aprovechando solamente las entradas sonoras...”

“...¿no es verdad, joven?”

Se dio cuenta que la pregunta provenía del profesor, y que le estaba mirando fijamente.

Toda el aula quedó en un silencio cortante. El joven no sabía de qué iba la pregunta y buscó visualmente la ayuda de su compañero. Pero el profesor era gato viejo y ordenó que nadie lo ayudara o se verían las caras.

Ante el silencio, finalmente le preguntó: “¿Se da cuenta de por qué le he suspendido?”.

Él no contestó. No sabía qué decir ni dónde mirar.

“Pues porque no atiende. Porque la mitad de las veces le veo pensando en otras cosas, y este es el primer principio de la Psicoacústica, que es la nueva ciencia que estamos descubriendo, según el cual: *No existe comunicación si el receptor no desea recibirla*”, y continuó acabando de sentenciarle: “¿Lo ha entendido señor musarañas?”

Algunos de la clase se mofaron.

En cambio, ella lo observaba fijamente. Había algo así como un presagio, una intuición o lo que fuera, pero lo cierto es que en ese instante ella se fijó en su existencia.

Sin saber exactamente el porqué, levantó la mano.

El profesor la vio y le dijo:

“Podrá hablar todo lo que quiera, pero en mi despacho. Ambos deben presentarse al finalizar la clase”.

En ese instante, el joven se giró para observarla. Ella, al sentirse observada por él, bajó la mirada.

El profesor tenía el mote de “Cascarrabias” bien merecido.

En el aula existía división de opiniones, y el amigo, que no compartía el rigor del profesor, quiso intervenir, pero no pudo porque su compañero le quitó el encendedor en señal de aviso.

Más tarde...

“Les he citado aquí porque voy a explicarles las razones del suspenso”, dijo con una voz un poco nerviosa.

“A usted, le he suspendido porque puede dar diez veces más de lo que ha hecho. Es evidente que sabe. Me lo ha demostrado en las respuesta del examen, pero al parecer vive en otro mundo, y aquí, en la Universidad, estamos para que toque de pies en el suelo”, y girándose hacia ella continuó:

“Y a usted le recomiendo que se busque un buen profesor en una academia. Aquí tiene algunas tarjetas de amigos míos que la ayudaran a entenderlo. Tiene un cero en Sabine, y en los próximos días se lo volveré a preguntar delante de toda la clase. Vaya preparándose”.

“¿Alguna pregunta?”

Ambos salieron del despacho compungidos.

Cada uno se fue en una dirección distinta.

Él se giró para observarla. Le gustó el sonido que ella emitía. Eran unos crec-crec muy intrigantes. Antes de girar al final del pasillo, ella vio que él la estaba contemplando a lo lejos. Sonrió para sí.

Al final de la tarde, cuando fue a dejar libros y apuntes a su taquilla, encontró una nota anónima, escrita a máquina que decía:

“Desayuno solo. Tengo hambre, es normal.
La ciudad bosteza. Oigo como despierta su vida.
A través de la ventana entreabierta al jardín, escucho el
fuerte trinar de los pájaros.

Me anuncian que nuevamente rueda el día,

y les ofrezco desayuno con los pequeños nísperos del árbol de mi patio.

Ya no desayuno solo,
me acompañan esos multicolores cantores de suaves plumas,
que rompen con su presencia
la soledad del momento.

Otros pájaros cantan más lejos.

La palmera del patio de la isla de edificaciones
en que se encuentra mi jardín
alberga una familia de cotorras.

Apenas las escucho, porque...

Preparo mis oídos para otro encuentro,
puesto que una suave brisa procedente del mar
me permite escuchar un alegre canto de sirena.

Si eres tú, ¿qué prefieres para el desayuno?

Maestro Roncador

C. Fin

Y el señor K dijo:

“Hoy les vamos a presentar un producto novedoso que va a transformar el mercado”.

En el hotel se habían hospedado acústicos de todos los países esperando este nuevo sonómetro que incorporaba una memoria extraíble, y ampliable por módulos

La sala de presentaciones estaba llena a rebosar. Una gran pantalla colgaba del techo artesonado formado por los últimos difusores cuadráticos previstos para todo tipo de eventos acústicos, incluso pequeñas operas.

En el atril, un señor cuyos ronquidos le habían distanciado recientemente de su pareja, estaba alineando ruidosamente los papeles para la presentación. Uno de ellos cayó al suelo. Cogió el micrófono con la mano y fue a recoger el papel. En ese instante se oyó un fuerte pitido proveniente de los altavoces.

“Vaya”, pensó, “Esto es el fenómeno de retroalimentación conocido como efecto Larsen”.

Y empezó a jugar con el micrófono para ver dónde y cuándo se producía y cuando no.

El señor K se intranquilizó. Conocía bien a este empleado, que tenía cierta fama de científico despistado, y al final pensó que el inicio podía ser incluso beneficioso.

Mientras, nuestro personaje explicaba al público el porqué del efecto: “... y entonces la señal previamente amplificada y luego difundida por los altavoces, vuelve a ser captada por el micrófono, y este bucle se produce en ciertas frecuencias, graves o agudas, como en este caso, en la que existe mayor sensibilidad”

El público estaba absorto con las explicaciones recibidas.

“Pero veo que me alejo de mis objetivos que son la presentación de hoy”.

Carraspeó unos instantes y dijo:

“Muchas gracias, señor K, en efecto, nuestra firma tiene hoy el placer de presentarles el nuevo sonómetro K&B modelo oreja”.

Las luces de la sala de amortiguaron y en la pantalla apareció la imagen de una oreja.

El público se rió de inmediato.

“De todas formas la imagen es para ilustrar que, aunque tenga en su interior el mejor sonómetro del mundo, siempre deben confiar antes en lo que escuchan con sus oídos”.

Francamente sorprendidos, los directores de K&B llamaron a algunos subordinados por si fuera necesario controlar la sesión.

El señor K, se dirigió a su empleado de confianza: “Lo dejo en tus manos, si crees que el Roncador se burla de nosotros, tomas las riendas de la presentación”.

A pesar de la intranquilidad de los ejecutivos de la compañía, lo cierto era que el público estaba disfrutando con la forma tan personalizada y sonora de la presentación.

“Y la oreja”, prosiguió el Roncador, “Ahora la separamos de la cabeza, como si de San Pedro se tratara...”.

Más risas entre el público.

“Como decía, si la separamos de la cabeza todavía oímos, ¿verdad?”

Y todo el público respondió que sí.

“Por ello, si separo este nuevo sonómetro de su cerebro, continuará oyendo, es decir continúa cogiendo datos, aunque ahora no los procesa, pero sí que los almacena, ¿lo entendéis?”

Todo el público respondió que sí.

“Debo confesaros que esto ha sido idea de mi equipo”.

No era totalmente cierto, pero los hizo subir y los presentó a todos.

“A veces, no sé si ellos son la oreja y yo la cabeza o al revés, ellos la cabeza y yo al oreja”, afirmó mostrando al fin el sonómetro que se escondía dentro de la funda en forma de oreja.

Entre el público, una mujer vestida de seda dudaba de la decisión que ya había adoptado.

Pero al verla entre el público, la presentación adoptó un giro inesperado, puesto que los altavoces empezaron a emitir una voz carrasposa.

“La discusión de ayer me pasa factura”, pensó él, “Espero que no haya decidido separarse”.

Tomo agua, dando un respiro a la voz, pero fue inútil, se había quedado sin voz.

Desgraciadamente, para verla mejor, se colocó en un lugar en el que apareció la realimentación y el silbido esta vez no fue bien correspondido por el público.

El otro ejecutivo aprovechó para tomar el micrófono y se dirigió al público: “Siento este pequeño incidente, pero creo que lo pasarán muy bien con lo que les voy a explicar a continuación”.

“El sonómetro tiene un margen de incertidumbre igual a cero, es decir que incluso es para laboratorio de homologación y verificación de otros sonómetros, y en especial tiene la posibilidad de ser ampliable por pequeños módulos”. Y fue explicando estos módulos.

“Pero deben saber que el módulo de psicoacústica que se describe en la presente proyección, todavía no está desarrollado, y no creo que lo haga esta empresa porque no está de acuerdo con ello”.

El público estaba alucinando.

“Ciertamente”, continuo el ejecutivo agresivo, “No se va a realizar, porque es un invento exclusivo de su creador, donde el equipo no ha intervenido, y además no cumple con ningún requisito de metrología impuesto por alguna institución. Está fuera de la ley”.

Y continuó despectivamente: “Se lo ha inventado él solo”.

El Roncador afónico, sin voz, estaba totalmente indefenso. Había ideado una puerta para que pasara un transatlántico, pero este se volvió en el Titanic a raíz de las últimas palabras que sonaron amplificadas:

“¡Con el módulo dijo que podría medir la belleza sonora de la naturaleza y de todo arte sonoro creado por el ser humano!”

Todos se rieron.

Tras esta humillación decidió abandonarlo todo y se fue.

Maestro Roncador

D.1 “El cuenco”

Y el Maestro dijo:

“Estas tres vasijas contienen grava, arena y polvo, respectivamente, de forma que cuando juntéis sus contenidos deben llenar exactamente este cuenco sin rebosar”.

“Eso es muy fácil”, dijo un alumno en tono burlesco.

El alumno cogió el polvo y lo vertió en el cuenco, después echó la arena, y finalmente la grava, la cual rebosó y cayó fuera del cuenco.

El Maestro le reprimió, y separando los áridos con el tamiz, comentó: “No has pensado bien. Fíjate que lo pequeño te impide colocar lo grande”.

Un segundo alumno fuertote vertió la grava en primer lugar, luego la arena, y por último el polvo, que también rebosó y cayó fuera del cuenco.

El Maestro nuevamente le reprimió, y tamizándolos de nuevo dijo: “No has pensado bien. Ciertamente en el maletero de un vehículo debemos colocar primero las maletas grandes. Luego las medianas, y finalmente los bolsos pequeños llenando los huecos. Pero esto no es un vehículo”

El Maestro colocó el cuenco sobre uno de los altavoces de graves del estrado y repitió el proceso utilizando las vibraciones sonoras de la música. Empezó por verter la grava, luego la arena y luego el polvo, siempre vibrando el cuenco constantemente.

Al final, los alumnos observaron que el cuenco se había llenado perfectamente hasta el borde con los tres ingredientes, sin rebosar.

El Maestro les preguntó: “¿Creéis que cabe algo más?”

Los alumnos respondieron que no.

Y el Maestro volvió a tamizar los mármoles y los reprimió esta vez suavemente (por algo es el Maestro) y les dijo: “Siempre podemos llenar más con nuestras emociones”.

Los alumnos no entendieron esa afirmación, pero la alumna aventajada tomó la iniciativa y cambió la música, y llorando por la emoción que le producía la nueva sinfonía, repitió el proceso. Los alumnos observaron consternados que en el cuenco había ahora la grava, la arena, el polvo de mármol, y también las lágrimas de la alumna.

Y el Maestro dijo: “Cuando creamos que todo ya está lleno, debemos saber que nos queda todavía un hueco por llenar, y ese hueco se llena con el amor”.

Maestro Roncador

E.5 Cómo sueno

Y el Maestro dijo:

“Hoy vamos a hablar de lo que significan nuestros sonidos para los demás”.

Algunos alumnos sacaron sus grabadoras WAV Otros tenían los teléfonos abiertos transmitiendo, otros habían colocado varias cámaras de video con los trípodes colocados sobre los pupitres.

Los tres amigos, sencillamente, escuchaban.

“Por ejemplo”, continuó el Maestro señalando a uno de los de las grabadoras WAV, “Tú, ¿sabes cómo empieza las frases tu compañero de la derecha?”.

El alumno se quedó sin habla.

“Y tú”, dijo el Maestro señalando a una alumna que tenía el teléfono con el micrófono dirigido hacia el estrado, “¿Sabes como acaba sonoramente tu compañera de la izquierda cuando cierra su mochila-cartera?”.

Otra que no supo contestar.

“Y vosotros dos”, dijo señalando a los dos alumnos que tenían el trípode del video sobre su pupitres, “¿Sabéis cual es el primer sonido que realizáis al llegar a clase?”.

Toda la clase permanecía en silencio.

“Si ahora me hacéis estas mismas preguntas, solamente podré responder a algunas de ellas, pero no a todas, ¿por qué?”.

El silencio ahora era tangible, pero tres manos se levantaron casi al unísono.

El Maestro se quedó maravillado. Eran los tres amigos.

“Veo que se han levantado tres manos”, dijo, y les dio paso.

“Yo puedo hablar del primer caso”, comentó el alumno burlesco, puesto que me recuerda a un familiar que tengo. Empieza diciendo “Este ...”.

“Correcto”, dijo el Maestro y añadió, “Tu compañero no siempre lo hace, pero la frecuencia con que empieza así sus frases es muy alta, y por ello algunos, y de momento veo que pocos, lo saben”.

“Respecto los otros casos, todavía me cuesta reconocer cada sonido personal”, continuó el invidente, “Pero la de la mochila-cartera es realmente única incluso en medio del campus, puesto que se trata del sonido de unas grapas muy particulares, como una chaqueta tejana”.

“En efecto”, dijo el Maestro, “Si vieras el tejido de esa mochila, descubrirías lo integrada que está esa identidad sonora”, y añadió, “porque la mochila es de ropa tejana”.

“¿Y tú?”, preguntó a la alumna, “¿Qué nos puedes decir de estos dos compañeros del video?”.

La alumna aventajada se giró unos instantes, y señalando al de la derecha dijo: “Este de la derecha lo primero que hace es dejar las llaves del descapotable que le regalaron al graduarse. Esas llaves vienen en un llavero con una pequeña bola de billar, que suena de forma particular cuando golpea con el pupitre. Y su compañero..., no sé, no recuerdo nada en particular”.

El Maestro, a pesar de esta última respuesta, estaba impresionado por la capacidad de captación del escenario sonoro que demostraban estos alumnos, máximo cuando tenían los pupitres asignados en la segunda fila, y por ello no podían alcanzar a dominar todo el espacio. Les felicitó por esto.

Una alumna ubicada entre estos alumnos y los tres amigos, levantó la mano.

“¿Si?”, dijo el Maestro.

“Yo puedo explicar lo que hace mi compañero cuando llega al aula”, dijo mirándolo directamente a los ojos cuando él la miró. “Lo que hace es que, si no estoy en mi pupitre, cuando pasa para ir al suyo, repiquetea con sus dedos en el mío. Lo sé porque cuando entro detrás de él, si no sabe que estoy detrás, siempre veo como toca mi pupitre”.

El alumno la miró asombrado. No se había dado cuenta que ella siempre estaba pendiente de él.

Y el Maestro resumió:

“Me parece que entre todos hemos desvelado muchos símbolos y mensajes sonoros de nuestra comunicación con los demás, de cómo empezamos las frases, cerramos las mochilas, informamos de nuestra presencia con las llaves o el repiquetar para el apareamiento”.

El alumno que repiqueteaba se ruborizó, y la alumna que había hablado en último lugar, se giró ligeramente y le miró sonriendo

El Maestro concluyó:

“De forma consciente o no, debemos saber que constantemente comunicamos nuestra presencia a los demás, y esos mensajes son específicamente particulares. De hecho, pocas veces nos confundimos con el montón. Es nuestro look sonoro, y científicamente se llama el Soundscape Personal”.

Maestro Roncador

F.1 Sin voz

Y el Maestro escribió:

“Cuando pienso en ello, creo que me equivoqué muchas veces, pero también es cierto que cada nuevo proyecto de sala o auditorio, dictamen de inmisiones acústicas o acción artístico – sonora, me llenaba de tanta ilusión que me ha compensado mi pérdida de la voz.

“Mi nieto es mi lengua actual, y cómo ya sabe leer, os leerá estos escritos.”

Conclusión del Maestro:

Ahora puedo aprovechar aquello de “Calla si no tienes nada que suene mejor que el silencio”.

Maestro Roncador